

## DON RODULFO DE PEDRAJAS.



## NUEVA RELACION,

*en que se da cuenta de los valerosos hechos y aventuras que le sucedieron á este caballero y cómo S. M. le premió por sus distinguidas hazañas.*

## PRIMERA PARTE.

Todo bandido se esconda,  
no manifieste la charpa,  
á vista de mis arrojados  
tiemblen los guapos de España,  
temple su ira Oliveros  
vencedor de las batallas;  
calle Bernardo del Carpio,  
que entre cerros y cañadas,  
se quedó pidiendo guerra  
por yerro de su ignorancia.  
No soy el Cid, ni Sansón  
que columnas derribaba  
en venganza de su agravio,  
cuyo valor publicaba,  
que morir por Dios y el rey,  
es dar lauros á la fama.  
Y por que sepan, quién soy,  
mi nacimiento y crianza,  
nací en Morales del Rey,  
yo, Rodulfo de Pedrajas,  
que el astro de mi fortuna  
me señaló letras y armas.  
Alegué á cumplir veinte años,

compré un caballo y charpa,  
y cargado de tabaco  
á Zaragoza pasaba;  
en breve lo despaché,  
y volviéndome á mi casa  
encontrando en el camino  
á Pelagio, que los guardas  
lo llevaban maniatado,  
y despojado de achias;  
así que los conocí,  
los aguardé que llegaran,  
y les dije: caballeros,  
aquese preso y las cargas  
al punto lo soltaréis,  
que yo, Rodulfo, lo manda;  
aquí es preciso morir,  
que la muerte á todos llama.  
A un tiempo me dispararon  
dándome carga cerrada,  
yo disparé mi trabuco,  
y les maté á cinco guardas,  
los que quedaron, huyeron,  
que el miedo les acobarda;

y despaché así á Pelagio,  
sin que nada le faltara;  
Y caminando á Morales,  
puse pública aduana  
de tabaco, vino y carne,  
de pólvora y de barajas.  
A los presos los liberto  
y socorro al que me llama.  
Dígame si no Sevilla,  
cuando un jueves de mañana  
iban á ahorcar á un hombre,  
y compasivas lloraban  
dos mujeres en sus calles,  
les pregunté, ¿qué es la causa  
de vuestra grande afliccion?  
y al punto me replicaban:  
hoy le dan muerte á mi padre,  
quedamos desamparadas;  
porque un hombre mató á otro,  
el agresor se ausentaba,  
y un testigo impostor  
á mi padre se la carga:  
les dije se retirasen,  
y previniendo las armas  
al punto me fui á la cárcel,  
donde el juez se encontraba  
para dar fé y testimonios  
de las causas mal fundadas;  
y vide sacar al pobre,  
que los padres le auxiliaban,  
caminando hácia el suplicio;  
y llegándome á la escala,  
les hice allí detener;  
y al escribano llamaba:  
ven acá, hombre infeliz,  
condenado y de mal alma,  
¿cómo por tu culpa dan  
muerte al que no tiene causa?  
Me respondió: del Consejo  
que tal justicia se haga  
ha salido decretado.  
Y desnudando la espada,  
la cabeza le corte,  
dejando el cuerpo sin alma,  
Pedían favor al rey  
los soldados de la guardia,  
y brioso con mi acero  
despeje toda la plaza,  
donde hice doce muertos,  
otras las piernas quebrada,  
meti al reo en San Francisco,

sin que nadie lo estorbara.  
Y caminando á mi tierra,  
hallé mi casa cercada  
de un gran cordon de soldados,  
que con órden de la Sala  
venían para prenderme,  
vivo ó muerto me entregaran;  
y viéndome yo perdido,  
echando mano á las armas,  
los aventé como moscas,  
que salen desperdigadas.  
A este tiempo en Cataluña  
en su eminente montaña  
andaban cuarenta hombres,  
que robaban y mataban  
á todos los pasajeros,  
y á muchos pueblos asaltan.  
Tenían órden del rey,  
que aquel término cercaran,  
y prendiéndoles, en horcas  
pongan en públicas plazas;  
y el señor gobernador  
no pudo adelantar nada,  
porque los dichos ladrones  
alguna gente le mataban.  
A la ciudad se volvió,  
y al punto escribió una carta,  
dando parte á don Rodulfo,  
diciéndole que esperaba,  
no se dilate en venir,  
que le dá firme palabra  
de ser su padrino en todo.  
Y sin temer mi desgracia,  
en un ligero caballo,  
cual águila que volaba,  
llegue á los montes de Berga,  
y el Marqués de Huelva pasa  
con su esposa y sus dos hijas,  
mayordomos y criadas;  
salieron ocho ladrones,  
y á todos los malditan;  
dennestan á la marquesa,  
y aquellas doncellas castas  
en presencia del marqués;  
por socorro al cielo llaman.  
Fui corriendo á estos lamentos  
y antes que á ellos llegara,  
me salen á recibir  
con escopetas cargadas,  
diciendo: ¿quién viene allí?  
Les di la respuesta y a baras:

de los ochomató á cinco,  
y los otros tres con alas,  
fiados en sus caballos;  
y con fuga apresurada,  
querian huir veloces;  
mas fué diligencia vana,  
que el paso les atajé,  
y los llevé donde estaban  
los difuntos compañeros  
porque todos los velaran;  
y sacando mi rejon,  
corté las cuerdas menguadas  
que oprimian al marqués,  
y á las señoras que estaban  
de aquel susto casi muertas;  
¡oh vilipendiosa infamia!  
Me ofrecian muchos premios,

y tambien doña Constanza,  
hija del propio Marqués,  
la que rogó que tomara  
de su mano una fineza  
me presentó una esmeralda;  
y me dijo: caballero,  
en vuestro pecho guardadla,  
que puede ser que algun tiempo  
sea honor de vuestra casa.  
Mostrándome agradecido,  
fui con ellos en compañía  
hasta sacarlos del monte,  
no suceda otra desgracia.  
Dejemos la primer parte  
del mayor guapo de España,  
y acabaré en la segunda  
de referir sus hazañas.

## SEGUNDA PARTE.

Dije en la primera parte,  
como libres se quedaban,  
y al marqués le supliqué  
que el testimonio firmara  
de todo lo sucedido,  
porque es preciso que vaya  
á ver al conde de Flores,  
que suya tengo una carta,  
en que me envía á llamar;  
sin dilacion me despacha.  
Como un rayo disparado  
volvi donde se quedaban  
los muertos y prisioneros:  
á estos hice que montaran  
cada cual en su caballo,  
y que los muertos llevaran  
hasta entrar en la ciudad;  
y cerca de las murallas  
el gobernador llegó  
á reconocer las cargas.  
Preguntó: ¿qué gente es esta  
que viene con esta traza?  
—Señor, son los gavilanes,  
que á caminantes estafan.  
Respondió el gobernador:  
en este dia mi hermana,  
me noticia por un pliego,  
como estuvo maniatada,  
y el marqués y mis sobrinas,  
y que quisieron robarlas  
sin tener apelacion;

y que debo darle gracias  
á un honrado caballero  
que por el sitio pasaba.  
Me alegrara conocerle,  
y traerlo en mi compañía.  
—Pues ya tiene Vuecelencia  
al que lo hizo á sus plantas.  
Le presenté el testimonio  
y la fecha de la carta.  
Luego mandó que los reos  
á la cárcel los llevaran:  
me dió su lado derecho,  
diciendo que celebrara  
prender los cuarenta hombres,  
que iban cometiendo infamias  
en lo áspero de los montes.  
Don Rodolfo dió palabra  
de traerlos prisioneros,  
y con diez soldados marcha  
hasta la vera del bosque,  
y descubriendo sus calas,  
puso en ellas centinelas  
con una órden cerrada,  
que si escuchan venir gente  
les tiren sin repugnancia.  
Solo me meti en las breñas,  
su espesura paseaba,  
poniendo lazos y cepos  
por el suelo y por las matas,  
hasta llegar á la cueva  
en donde ellos habitaban,

que estando en grande funcion  
 con brindis se saludaban;  
 Al aire disparé un tiro,  
 y en silencio se quedaban,  
 diciendo: perdidos somos,  
 cada qual tome sus armas  
 para defender las vidas,  
 y en el monte se repartan.  
 Y conforme iban andando,  
 euredados se quedaban,  
 y sin poderse valer,  
 les quité todas las armas;  
 hice acudir los soldados,  
 y con sogas los amarran;  
 y antes que fuera de día  
 tomamos la caminata  
 de vuelta á Barcelona,  
 y un soldado se adelanta,  
 diciendo al gobernador:  
 «desde que España es España,  
 no hubo hombre más valiente,  
 ni de más heroica hazaña:  
 él solo prendió los hombres,  
 sin que nadie le ayudara.  
 Victorioso con mi presa,  
 al conde se la entregaba,  
 en ocasion que venian  
 los soldados de la playa,  
 y á su excelencia dijeron:  
 de turcos una fragata  
 á otra que era de cristianos  
 se la llevan apresada,  
 y aprisa pide socorro.  
 Muy suspenso se quedaba  
 al oirlo; y dije entonces:  
 mande vuecencia que una barca  
 me fleten y unos soldados,  
 y verán cortar mi espada  
 cabezas de los paganos;  
 si el cielo me da ventaja  
 en poderlés alcanzar,  
 y al punto se ejecutaba.  
 Con valor los marineros  
 y con esfuerzo remaban;  
 hasta llegar á abórdar,  
 y saltando en la fragata  
 cortando brazos y arneses,

sus cabezas derribaba.  
 Veinte moros les maté,  
 sin que agravio me tocara;  
 y viéndos malheridos,  
 todos solt ron las armas,  
 diciendo: noble cristiano  
 cesese el rigor de tu espada.  
 Desembarcamos en tierra,  
 nos hicieron grandes salvas,  
 y los cautivos cristianos  
 por mí la victoria aclaman.  
 Alegres los caballeros  
 y el gobernador; me abrazan;  
 y luego al siguiente día  
 se dispuso la jornada  
 á la corte de Madrid,  
 á contarle las hazañas  
 de mi valor invencible  
 al Católico Monarca.  
 Mandóme el rey entrar dentro;  
 y así que llegué á la sala,  
 hincandome de rodillas,  
 me preguntó por mi patria.  
 —Soy de Morales del Rey,  
 y venero vuestras plaitas.  
 Generoso me responde:  
 ya es Morales de Pedrajas,  
 y marqués de Santa Cruz,  
 conde insigne de la Habada,  
 de Méjico gran Virrey,  
 y general de las armas,  
 caballero comandante.  
 Con doña Alberta Constanza  
 es mi gusto que los caseis;  
 y en breve nos desposaban.  
 Su majestad le dió en dote  
 el manto que cobijaba,  
 con el libere los reos  
 que tenían leves causas.  
 Puestos á los pies del rey,  
 rinden las debidas gracias,  
 viviendo los dos consortes  
 con union y paz amada,  
 dando envidias al valor,  
 y asunto noble á la fama.  
 Y aquí Juan Autoñto Lopez,  
 pide perdon de sus faltas.

MADRID. — Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal

